



minúsculas

Fotografías: Marco A. Giraldo

Los otros bajo las aguas

Andrés García Londoño

Para entender el porqué del mundo que hemos construido, un camino que suele resultar fértil es acudir a los textos fundacionales, los cimientos de letras sobre los que hemos erigido nuestra civilización. Y pocos hay que sean tan importantes para comprender el presente como el *Génesis*, en particular el versículo 26 del capítulo primero: “Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo reptil que se arrastre sobre la tierra”. Aquí yace una clave esencial de la creencia de que sólo hay una forma de conciencia en el universo y por tanto la Tierra entera le pertenece a una sola especie: la humana, única entre las

millones de especies que tiene un derecho a la vida indiscutible. Después de todo, si somos señores de la vida por mandato divino, ¿qué importa que cada año desaparezcan miles de especies? Mientras no nos quiten la autoridad —y Dios últimamente parece algo parco en declaraciones expresas— podemos seguir siendo los capataces despiadados del planeta.

Sin embargo, el avance científico nos permite cuestionar, con datos concretos, los más inmorales arcaísmos de nuestras creencias. Ciencia y ética pueden unirse en una sola y poderosa alianza. Uno de los resultados de este nuevo paradigma es la creciente presión por reconocer los derechos de otras especies animales, para acabar así con lo que se ha llamado “especismo”.¹ Y este año, en la que quizá sea la más importante ofensiva legal contra el especismo nunca antes intentada, el Grupo

de Helsinki ha remitido a la reunión de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (probablemente el congreso científico más importante del mundo), el borrador para una Declaración de los Derechos de los Cetáceos, a partir de datos de décadas de investigación que han demostrado que los delfines y las ballenas tienen un nivel de autoconciencia tan elevado como el nuestro. Es decir, cada uno es tan individuo como un humano.

Lo anterior es el primer paso para crear una nueva categoría legal: la de “personas no humanas”. Esto es, el reconocimiento del derecho a la vida y la libertad de seres que pertenecen a otras especies, a partir de la aceptación de que existe más de una forma de inteligencia y no todas tienen que estar basadas en la tecnología y las palabras (después de todo, es difícil encender un fuego, base del desarrollo tecnológico humano, bajo los océanos, así

Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
Martiniano Jaime Contreras
Secretario general:
Luquegi Gil Neira
Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora:
Juliana Caicedo Cadavid

Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria, Luz
María Restrepo, Alonso Sepúlveda, Nora
Eugenia Restrepo, Carlos Vásquez.

que por fuerza el desarrollo de la inteligencia tuvo que seguir allí un camino distinto). Entre las líneas del borrador de la extraordinaria declaración, podemos destacar tres: “Ningún cetáceo puede ser mantenido en cautividad o en condiciones de servidumbre, ser sujeto a tratamientos crueles o ser removido de su ambiente natural”; “Ningún cetáceo puede ser propiedad de un Estado, corporación, grupo humano o individuo”; y otra más, quizás aún más revolucionaria: “Los cetáceos tienen derecho a no ser expuestos a la disrupción de sus culturas”.²

De hecho, si uno piensa en la porción de su vida que pasa un delfín jugando, cuidando a los suyos y compartiendo con sus congéneres, y en el tiempo que pasa un humano económicamente solvente —esto es, con poder de decisión sobre su propia vida— preocupándose por acumular cosas que a veces ni siquiera va a tener tiempo de usar, puede llegar incluso a la conclusión de que existe una paradoja en que la especie que actúa menos racionalmente entre ambas sea la que vaya a legislar sobre la inteligencia de la otra. Como Carl Sagan dijo: “Resulta de interés notar que aunque hay reportes de que algunos delfines han aprendido a hablar inglés —hasta 50 palabras usadas en el contexto correcto—, no se sabe de ningún ser humano que haya aprendido el idioma delfín”. De hecho, los cetáceos parecen habernos reconocido como seres afines

mucho antes que nosotros a ellos, como recuerdan los numerosos episodios de rescates de naufragos por delfines desde la Antigüedad clásica, a veces incluso con peligro para sus propias vidas. Quizás ellos recuerdan mejor que nosotros y no tienen que hacer esfuerzos para reconocer a la familia.

A la Declaración de los Derechos de los Cetáceos le queda un largo camino. Un tortuoso sendero lleno de obstáculos, dada la posición de países como Japón frente a los cetáceos, pues cada año se asesinan miles de delfines en la infame bahía de Taiji,³ sin que siquiera su carne pueda ser consumida legalmente, pues debido a la contaminación de los océanos tiene niveles de mercurio que ya han ocasionado malformaciones en niños. Además, Japón es el principal país, aunque no el único, que continúa con las matanzas de ballenas aprovechándose de huecos en la legislación internacional y busca, de hecho, eliminar esta traba, a partir de lo que algunos califican como “sobornos” a naciones pequeñas que tienen voto en la Comisión Ballenera Internacional. Esto es sólo una muestra de los obstáculos que enfrentará la Declaración, no siendo el menor que ésta obligaría al cierre o reforma de acuarios como Sea World, donde las ballenas y los delfines, cuando no tienen que entretener a un público ávido de sus gracias, están aprisionados en piscinas tan pequeñas para sus cuerpos que éstos se les deforman, o lo que es lo mismo, están reclui-

dos en celdas que consideraríamos inaceptables para el peor criminal humano.

En la ya clásica película *Orca*, la ballena asesina (Michael Anderson, 1977), la bióloga marina interpretada por Charlotte Rampling les informa a sus estudiantes de un hecho concreto: no solo los mensajes de una ballena pueden alcanzar a otra en el lado opuesto del mundo (obviamente no necesitan, entonces, quién invente la radio o el teléfono), sino que, analizado por computadores, se encontró que cada uno de esos mensajes puede contener hasta 50 millones de piezas de información, mientras que la Biblia, base ancestral del poder legal en la civilización occidental para esclavizar otras especies, contiene sólo 4 millones... ¿Qué se dicen entre sí las ballenas con mensajes de tanta complejidad? ¿Las dejaremos vivir lo suficiente antes de exterminarlas, bien sea cazándolas o envenenando los océanos, para llegar a entenderlo? De alguna forma, un mensaje así le recuerda a uno la idea de Bécquer de que la poesía no está en las palabras sino que flota en el ambiente y el poeta simplemente trata de asirla en alguna medida con los torpes instrumentos a su disposición. ¿Será que en ese canto hay una forma de poesía? ¿Quizás incluso la memoria de la historia del planeta por una especie con cerebros más grandes y fisiológicamente más complejos que los nuestros, dado que sus hemisferios cerebrales tienen circunvoluciones más elaboradas?

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones: Departamento de Publicaciones, Universidad de Antioquia Bloque 28, oficina 233, Ciudad Universitaria Calle 67 N.º 53-108 Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web: www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indexada en: MLA, Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas, Universidad de Antioquia Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

Sea como sea, la lucha por los derechos de los cetáceos bien vale la pena si hay la menor esperanza de que al final nuestra especie acabe con su más profunda soledad: aquella que surge de nuestra propia y cuestionable noción de superioridad y que nos ha llevado a considerar que estamos solos en un planeta donde abunda la vida, en forma tan asombrosa que la Tierra (o el Agua, como seguramente se dirá en delphinés) es la cornucopia real y palpable, el único lugar que conocemos donde el reinado casi absoluto del vacío y lo inerte en el Cosmos encuentra un límite.

Notas

¹ Término acuñado en 1970 por el psicólogo Richard D. Ryder, para referirse a la discriminación por especies, dentro de la misma lógica nefasta del racismo y el sexismo.

² Aquellas personas que quieran apoyar la Declaración con su firma, pueden acudir a: <http://www.cetaceanrights.org/>

³ Este hecho es el centro del documental *La cueva* (Louie Psihoyos, 2009), ganador del Óscar en 2010.

agarlon@hotmail.com



Azar y literatura

Luis Fernando Afanador

En *Literati* de Barry McCrea, una novela que a la larga no es gran cosa, hay un interesante juego que juegan sus personajes hasta la perdición: pararse frente a la biblioteca, cerrar los ojos, hacerse una pregunta vital y luego escoger a tientas un libro y dentro de él un pasaje para encontrar la respuesta. “Para decirlo de una forma simple, haces una pregunta y crees de entrada, con una certidumbre absoluta, que la respuesta correcta se halla en un pasaje elegido al azar. Siempre es el pasaje correcto”. Según McCrea, esta forma de adivinación no es nueva: la utilizaron los babilonios, los árabes, los hebreos, los egipcios y los romanos. Estos últimos la llamaron sortes (suertes), término que adopta el libro junto con el de “sincronismo” junguiano.

He jugado ese juego y vale la pena: hay gratas sorpresas y revelaciones. ¿Encontré la “respuesta correcta”? No, porque he practicado el juego a mi manera. No le hago preguntas, no espero “respuestas correctas”. Simplemente he abierto al azar los libros de mi biblioteca y he

encontrado pasajes que no recordaba y que me hizo bien recordar, y también pasajes que nunca había leído —toda biblioteca se compone de lo leído y lo “por leer”— que me hizo bien conocer. Las mejores respuestas son las que no estábamos esperando.

Hacer que nuestra vida dependa sólo del azar convierte al azar en una ley que termina en dictadura. No dejar intervenir nunca el azar es una locura racional. Por eso no está mal una lectura inesperada, un acercamiento aleatorio a la literatura. “Entre los libros de mi biblioteca —estoy mirándolos— hay uno que ya nunca leeré”, dice un famoso poema de Borges. De pronto ahí estaba la respuesta o la gran pregunta que necesitábamos. El azar no es el único camino, pero es un camino posible.

Visto desde otra manera, la necesidad de jugar ese juego podría ser una forma de resolver el viejo dilema personal entre los libros leídos y los libros comprados. Como se sabe, los libros comprados crecen en proporción geométrica y los leídos en proporción aritmética. Son muchísimos más los libros que compramos que los que leemos. “¿Para qué compra libros que no se va a leer?”, le preguntan a uno desde



Patrón de ojo del ala de la mariposa búho, *Caligo memnon* (derecha), comparado con el ojo real de un búho (izquierda).

el sentido común. Y es difícil de explicar, siempre serán difíciles de responder todas las preguntas formuladas desde el sentido común. Pero hay que hacerlo. Los libros que nunca leeremos también nos acompañan de una manera silenciosa. Están ahí, son una presencia. No es lo mismo si no estuvieran. No es lo mismo saber que en cualquier momento los podemos abrir para encontrar una frase inesperada. Así nunca lo hagamos. Es igual a la diferencia que existe entre la posibilidad y el vacío. Entre la ilusión y la muerte.

Pero hay más. Los libros comprados, en su momento, se adquirieron bajo la premisa o la sospecha de que nos gustarían. De alguna manera, tienen que ver con lo que somos o, más importante aún, con lo que deseamos. Son vidas virtuales que siguen esperándonos. Y, además, se alimentan de muy poco: una ojeada de vez en cuando; otra hojeada de cuando en vez. Los libros comprados no los leemos pero sí los pastoreamos. Soy consciente de que ninguna de estas justificaciones convencerán al sentido común, entonces procedo a responder como lo he debido hacer desde un comienzo: comprar libros y leerlos son simplemente dos vicios distintos. Y los vicios no se discuten.

El juego de las “sortes” puede darle un sentido inesperado al vicio de comprar libros. En principio, vuelve más frecuente la acción de hojear que la de ojear. Y le da sustento con una metodología prestigiosa por su linaje histórico y su parentesco con el I Ching. Las “sortes”: un I Ching sin dados y sin encrucijadas de poder. Es decir, más privado, más cercano a nuestras vidas. Con este juego, nuestra biblioteca con libros por leer se vuelve un lugar de revelaciones. Me acerco, abro

al azar un libro (*Pensamiento y poesía en la vida española*, de María Zambrano) y leo: “Me dijo un día, acercándose en silencio sin romperlo apenas, una tarde mientras desde un altozano contemplábamos, un pequeño grupo, el lago de Patscuaro: María, donde quiera que exista hoy una persona, está llorando”. Con un mapa en la mano me animé a penetrar en el azar. De no haber sido por las “sortes”, este libro hubiera permanecido mudo en mi biblioteca y me hubiera perdido para siempre esa frase luminosa. No leemos lo que queremos sino lo que se nos atraviesa en el camino. Por lo tanto, hay que hacer de ese camino un centro que atrae lo inesperado. Sin embargo, el asombro no sólo camina hacia adelante. Las “sortes” se pueden jugar hacia atrás con los libros queridos y leídos. Vuelvo a la biblioteca. Busco uno de los favoritos, *La paloma apuñalada*, de Pietro Citati, bastante subrayado: “Queda profundamente atraído por eso: ama a las muchachas todas juntas, y se deja impregnar por el olor de las flores y los frutos que emanan de un huerto. Su vida está embebida del perfume de ellas, parecido a un racimo de uvas que se deja nutrir por el azúcar del sol”. Esa frase perdida —y ya emblemática— ni siquiera estaba subrayada. A ese que fui no le había interesado tanto como al que soy ahora. Un descubrimiento del pasado o, quizá, la certeza de que lo leído también hace parte de los libros por leer. Tantos libros y tantas palabras para retener solo unas pocas. Pero así está bien: esas son las que necesitamos para llegar hasta el final del día. Un golpe de “sortes” multiplicará el azar.

lfafanador@etb.net.co



Fiebre amarilla

Ignacio Piedrahíta

La crisofobia es el miedo de algunas personas al oro o a todo lo que se le parezca. Lo dice el diccionario y habrá que creerle, pues hasta ahora no he conocido a nadie con esa enfermedad. Al contrario, para la mayoría el oro es el rey de los metales y todos lo quieren poseer. Algunos lo compran en papeles en la bolsa, otros en joyas, y hay quienes se lo engastan en los dientes. Oro es poder y dinero, y el miedo de muchos es precisamente no tenerlo.

Tengo en casa una muestra de oro como las que ya no se encuentran a menudo. Me la heredó una tía abuela, quien a su vez la obtuvo de alguien que trabajaba en la mina La Viborita, en Amalfi. A diferencia del oro que usualmente se encuentra en las minas de socavón —puntos amarillos diseminados en la roca negra—, este oro asemeja un entramado de filigrana labrado por un orfebre. Pero no lo es. Lo hizo la misma naturaleza a partir de un fluido caliente que provino de las entrañas de la tierra.

No sé cuánto oro hay en la piedra que tengo en casa, quizá media onza, o menos. En ese entonces, cuando la recibí de regalo, una medida de oro valía 400 dólares, hoy vale cuatro veces más. Una onza de oro es del tamaño de una moneda de quinientos pesos. Eso es lo que vale 3 millones y medio de pesos. De ahí que en el Bajo Cauca, las dragas hayan desplazado a los cultivos de la bella y estimulante *erithroxilon coca*.

Cuando se cayeron los grandes bancos en el 2008, algunos románticos pronosticaron que

la sociedad volvería al trueque. Pero la cosa no dio para tanto. Es cierto que se perdió la confianza en los refinadísimos papeles del mercado financiero, pero el sistema tenía otro recurso: el oro; un objeto simple, un elemento químico puro; un pedazo de piedra capaz de materializar una de las imaginaciones más extraordinarias que ha concebido el hombre: el dinero.

¿Qué es lo que tiene el oro, cuál es su magia? *El Lapidario*, un libro de piedras y astrología escrito por el médico personal del rey Alfonso X “el sabio”, lo dijo con las siguientes palabras hace mil años: “el oro es de los metales el más noble, porque la nobleza de la virtud del sol parece más manifiestamente en él”. Antes de que las culturas pudieran ponerse de acuerdo por el teléfono roto de la globalización, todas consideraban el oro como una de sus posesiones más valiosas.

Oro y poder han sido sinónimos desde siempre y en cualquier lugar. Si bien los indígenas americanos se lo entregaban a los españoles a cambio de cualquier bobada que no conocieran, sabían que se desprendían de algo único. No en vano fabricaban de oro sus objetos rituales más preciados. En cualquier época, las palabras de *El Lapidario* cobran vigencia: “quien lleve un anillo de oro en el dedo medio de la mano derecha estará exento de que le hagan daño. Y que infundirá temor en todos los que lo vieran, aún más si se trata de gente poderosa”. De ahí que los que tienen con qué compren oro cuando amenaza una tormenta.

Dice Lao Tsé, en el libro del Tao: “Si cesamos de valorar los productos difíciles de conseguir, no habrá más ladrones”. El oro

siempre será difícil de obtener, pues la cantidad de este metal en el planeta no varía, esté o no todavía bajo tierra. Además, no hay manera de fabricarlo, como llegaron a pensar los alquimistas. Esa vieja química que involucra la filosofía, la astronomía y muchas otras ramas del saber, quiso convertir otros metales en oro como símbolo de la evolución y purificación del alma. Los alquimistas escribieron tratados llenos de hermosa simbología, pero la tarea de transmutar plomo en oro les quedó pendiente.

El oro, como muchas cosas bellas, se obtiene a través de un proceso sucio. Los vapores del mercurio van matando la gente de a poquitos, lo mismo que el cianuro con los peces. Los pueblos mineros lo saben y están dispuestos a pagar ese alto precio. En Segovia, por ejemplo, la quebrada del pueblo se llama, sin tapujos, *La Ciamurada*. El veneno de la extracción del oro va a dar a los ríos, mientras la ganancia del minero va donde las putas. Malo para los unos, bueno para ellas.

Por estos días, el país se debate en cómo sacar el oro de lugares tan delicados como los páramos. Hay quienes dicen que esos yacimientos no se deberían tocar, pero extraer su riqueza es una tentación para cualquier Estado. Y, como dijo Oscar Wilde, la única manera de acabar con la tentación es caer en ella. Seguramente habrá daños, pero no es culpa del oro que a su alrededor merodee el más agresivo y codicioso de los animales. Su brillo, su naturaleza maleable, su incorruptibilidad, son virtudes que solo el hombre es capaz de convertir en maldición.

agromena@gmail.com



¡Por favor!

Luis Fernando Mejía Vélez

“¡Por favor, paren el mundo que me quiero bajar!”, clamaba Mafalda, desesperada, hace algún tiempo. En verdad, la inquieta niña, sin proponérselo, se hacía vocera de un montón de seres humanos angustiados que quieren abandonar la circunstancia personal a la cual llegaron por situaciones irremediables o, simplemente, porque actuaron como sonámbulos.

Desde el pequeño deseo de querer bajarse, ya, de un asfixiante ascensor con sobrecupo, hasta la lúcida locura de renunciar a la vida, se comprenden incontables momentos donde el pasar de los segundos es una insoportable tortura, una eternidad adherida a la ansiedad, que representa el papel de mala compañía.

La existencia no es segura. Por más que se esfuercen los padres, los maestros o los gobernantes por garantizar a los seres humanos un bienestar pleno capaz de esperar la muerte con una sonrisa, las desdichas de mayor o menor cuantía llegan tarde o temprano, sólo que para algunos su nacimiento es en sí mismo un infortunio.

Estanislao Zuleta invitaba con prudencia a no desear “un idilio sin sombras y sin peligros”, o un “mundo de la satisfacción, una monstruosa sala-cuna de abundancia pasivamente recibida”. En este elemental consejo acompañaban al maestro los marihuaneros de antes, cuando, sin cansancio, afirmaban que la “vida no es fácil”.

Desde hace más bien poco la gente prefiere ver y apenas leer, y menos a Zuleta, lo cual explica que los consumidores de la satanizada yerba tiendan a ser analfabetas funcionales y en la

actualidad no se pronuncien en la vida social, como algún día lo hicieron Gonzalo Arango y sus amigos.

Mafalda, aparentemente sobria, denunciaba un mundo que se perpetúa de tumbo en tumbo, con absoluta naturalidad, tanto es así que no se destruye, sino que se conserva guardando sus cíclicas tragedias. Es muy probable que la talentosa precoz hubiese releído los aforismos del rumano Cioran, como aquellos de que “el hombre segrega desastres” y que “vivir es ir perdiendo terreno”. ¡Pobre chiquita!, las frecuentes crisis existenciales no la dejaron crecer. Es probable que una seguidilla de derrotas íntimas nunca la hubieren abandonado.

Voltaire, por el mismo camino del pesimismo, se pronunciaba implacablemente: “al marcharnos del mundo, lo dejaremos tan tonto y tan malo

como lo encontramos al llegar a él”. Definitivamente no hay nada que se pueda hacer, aunque no faltan los pesimistas optimistas como José Saramago cuando afirma que “los únicos interesados en cambiar el mundo son los pesimistas, porque los optimistas están encantados con lo que hay”.

Mientras los desilusionados no lleguen a la depresión y al desespero puede que Saramago esté en lo cierto, y ello de pronto es posible si el pesimista es optimista con su proyecto de vida personal, aunque desesperanzado frente al porvenir de la colectividad. En estas condiciones el individuo conserva energías para lanzar dardos venenosos contra los humanos y los divinos y morirse de la risa. Pero estos son la inmensa minoría, aunque ganan notoriedad y prestigio en algunos casos, como ocurre en Colombia con

los escritores Fernando Vallejo y Antonio Caballero.

Lo insoportable es cuando las tinieblas y la desazón cubren el yo y todo lo que circula a su alrededor; cuando se entiende el mundo como un fracaso, sin excepciones. Es la fatiga suprema. Llegado este punto quedan dos caminos: pegar un alarido como Mafalda o tragarse la lengua hasta que el azar disponga el final.

Para los auténticos pesimistas resulta irritable un optimista genuino o aparente. La arrogancia a la que siempre llegan los eufóricos hace ver a los demás como minusválidos, quienes podrían llegar a ilusionarse con su propia vida y el mundo asistiendo a periódicos cursos y conferencias sobre “actitud positiva” a cargo de profesionales recreacionistas, expertos en mímica. Sin embargo, nada ni nadie cura las penas de la realidad.

Mariposa *Morpho didius* con iluminación normal



Se ha convertido el optimismo en un negocio, parte del mercado global, con gurús que infinitamente se copian sus libros y sus gestos, volcados sobre el acosado y cautivo grupo de alicaídos individuos con medianos ingresos económicos, con capacidad de comprar consejos, como objetos que pierden su brillo con el primer uso. Pero el pesimismo es asunto de principios: cuando comienza nunca termina. A veces se logra superar por un tiempo pero rápidamente se recae.

“¡Por favor, paren el mundo que me quiero bajar!”, no es pues un grito de batalla; es más bien una sonora y franca capitulación. Es el triunfo del desencanto, que afortunadamente Mafalda sólo ha tenido que vivir en una historieta, muy al contrario de sus lectores, con los cuales no tuvo oportunidad de interactuar, experiencia que le hubiere dado más argumentos para vociferar y razones para acelerar su prematura muerte.

El tiempo sigue transcurriendo sin fecha de vencimiento pero con la ausencia de un líder que replazque a la muchachita que nació en 1963 y se silenció en 1974. Hasta los seres humanos más desmoronados emocional e intelectualmente necesitan de alguien que les recuerde que están en lo cierto, que no hay de qué preocuparse. ¿Cuántas personas hubieran concurrido a una conferencia dictada por Mafalda?

lfmejia@udea.edu.co



Fragmentos de misterio

Paloma Pérez Sastre

*... sólo para nosotros
viven todas las cosas bajo el Sol.*

Vicente Huidobro

Suelo hablar con mis estudiantes de Medicina sobre lo que llamo “momentos poéticos”; y ellos, “momentos de ebriedad”, “presencias”, “instantes mágicos”, “pasmé”, “dos aeme” o “iluminaciones”. Se trata de esas visiones inesperadas, en las que de pronto cualquier cosa aparece bella, distinta, limpia: una palabra que se sacude el polvo, un sabor que se convierte en vehículo a otro mundo, un olor, u otros fenómenos nimios que inyectan en el ánimo fragmentos de misterio.

Hace poco, en el campo, advertí en una puerta baja de madera rústica, engrasada por los años de paso de humanos y animales, que, a manera de picaporte o tranca, tenía un trozo de cadena y un clavo al que basta enganchar cualquiera de los últimos eslabones para cerrar. El simple gesto de pasar mi brazo por encima, tomar la cadena, separarla del clavo y oír su música metálica al quedar libre y golpear el listón de madera, impregnó de perplejidad los días que siguieron. Otra vez, irrumpió en mi patio una sombra que se aseguró de que yo mirara cómo, en segundos y de un plumazo, formaba un trapezio oscuro sobre la ardiente baldosa roja. A lo mejor fue el guiño de una nube que juzgó excesiva mi concentración en labores tan serias para una mañana soleada.



El estudiante que llama “dos aeme” a estos sucesos cuenta que los nombró así porque una madrugada, después de un turno extenuante, y en el momento en que logró poner su mente en blanco, descubrió la presencia de un grillo en su cuarto. Como el evento se repetía, quiso indagar sobre tales insectos y descubrió que, cuando se satura el territorio y su supervivencia se ve amenazada, les salen alas para emigrar hacia mejores campos. Aquí no se sabe si lo asombroso es la repetida y puntual presencia del grillo en idéntico estado de ánimo, o la materialización de la metáfora. Claro que, tratándose



Mariposa *Morpho didius* con iluminación oblicua

de jóvenes, no debe sorprender que, por su belleza, la poesía quiera tocarlos con sus manos aladas.

En la penumbra, leíamos poemas de José Manuel Arango en el aula del pabellón de Cirugía, y súbitamente se abrió la ventana de madera para mostrar el paisaje de montañas deslumbrantes y duras al que aludía el poeta, a cuyas clases silenciosas asistí cuando tenía la edad de mi audiencia. De pronto, estábamos en un valle y en un planeta, existíamos en la plegaria a un dios pequeño y entendíamos que en ámbitos de ciencia también caben las cordilleras y las nubes.

¿Qué hay de extraordinario en una cadena y un clavo, una sombra y un grillo? ¿Qué tienen que ver con la poesía? Imposible comparar estas prosas con las imágenes certeras de las ars poéticas de Bécquer, Borges o Huidobro. Harto elemental es mi noción del poema. Alguien abrió un portón para mostrarle a una bebita en brazos el brillo nervioso de las truchas y el sonido del chorro frío en el estanque; alguien observó un grillo que había volado hasta un piso alto, y un grupo de jóvenes y su profesora vieron abrirse una ventana sobre el tejado de un hospital mientras leían poemas. Quizás este lenguaje sea el lugar de encuentro verdadero entre las generaciones.

Visitas de la emoción; no presencias sino huella, estelas de su paso: estuvo, pero uno llegó un instante después de la partida. Detienen el afán, llegan directo al centro de lo blando para desnaturalizar y desintegrar lo cotidiano y lo sabido. He pensado en coleccionarlas en un álbum o en una caja de hermosos colores, pero asumen formas diversas y no se dejan clasificar, fotografiar, ni atrapar en la escritura. Son lisas, etéreas e inmunes al acecho; aparecen y vuelven cuando quieren, y en eso se parecen a los gatos.

sastreperez@gmail.com

Profesora de la Universidad de Antioquia.



Trabajando en pijama

Álvaro Vélez

Paco Roca ha logrado el sueño de su vida, ha conseguido trabajar dibujando historietas en casa. Así que ya no tendrá que sufrir más con los trancones del tráfico, las salidas apresuradas hacia la oficina, las incomodidades de trasladarse de su casa a su sitio de trabajo y, lo que es mejor, podrá trabajar en pijama.

Memorias de un hombre en pijama (Astiberri Ediciones, 2011), de Paco Roca, es una recopilación de historietas publicadas en el diario español *Las provincias*. Se trata de una serie de relatos autobiográficos en donde su autor nos sitúa en lo que podríamos llamar las aventuras de un cuarentón de la segunda década del siglo, en una España sumergida en recesión económica y con la particularidad de que ese protagonista trabaja todo el día en casa, en pijama, dibujando historietas.

Esta serie de historietas centran su atención, principalmente, en reflexiones acerca de la vida en pareja, el propio autor que vive con su novia, los amigos casados y con hijos o los que prefieren permanecer solteros y en vibrante actividad de cortejo, cada noche de bar. Pero Roca también examina su vida desde la perspectiva misma de su trabajo, de sus cuarenta y tantos años y su particular visión del mundo, de la comodidad que le permite el trabajar todo el día en casa, de sus viajes de gira por España y por algunos países de Europa, además de reflexiones sobre la vida cotidiana y las situaciones que le suceden a un hombre típico de su edad.

De las cenas y charlas con amigos, con antiguos compañeros de colegio o con las amigas de su novia, surgen reflexiones y situaciones que Roca dibuja en sus cómics. *Memorias de un hombre en pijama* es entonces un sencillo recorrido por la vida reciente de su autor, lo interesante de la obra es cómo logra hacer atractivos unos acontecimientos que, en general, parecen anodinos, sin importancia.

Paco Roca es un autor que se ha dado a conocer en los últimos años dentro del panorama del cómic español. Una de sus primeras y sonadas obras fue *El juego lúgubre* (Ediciones La Cúpula, 2001), una historia sórdida en donde Salvador Dalí y sus manías tienen un papel protagónico. Pero el reconocimiento le llegaría con *Arrugas* (Astiberri Ediciones, 2008), un cómic donde el autor indaga sobre la vejez y, en particular, sobre el mal de Alzheimer, y que le mereció, en 2008, el Premio Nacional del Cómic, en España. Además fue llevado al cine y gracias a eso Roca recibió, ese año, el premio Goya al mejor guión. Dos años después editaría una historieta que recoge una anécdota de la década de los cincuenta en España: la creación y rápida caída del proyecto personal de varios dibujantes independientes, la revista *Tío Vivo*,¹ historia de un fracaso que está consignada en *El invierno del dibujante* (Astiberri Ediciones, 2010).

Con *Memorias de un hombre en pijama* Paco Roca se muestra menos ambicioso que en *Arrugas* o en *El invierno del dibujante*; sin embargo, parece también más cercano al lector, más sencillo quizás, gracias a que se trata de una autobiografía y a que lo que estamos leyendo es parte de

su vida cotidiana. El dibujo de Roca en *Memorias de un hombre en pijama* muestra la misma calidez, cercanía y maestría de siempre. A medio camino entre el retrato realista y la caricatura, sus trazos recuerdan, en algunos pasajes, a los autores norteamericanos Beto y Jaime Hernández (*Love and Rockets*). Una paleta de colores que aprovecha mucho los tonos tierras y cálidos con algunos pocos colores fríos completan un trabajo de gran calidad.

La serie de *Memorias de un hombre en pijama*, para el diario *Las Provincias*, termina abruptamente después de unos años de publicación; es el mismo autor quien decide terminarla —“por un rato”, según él mismo— aduciendo falta de inspiración, agotamiento de los temas y buscando un poco de espacio, pues siente que todo el tiempo está trabajando. Aunque es cierto que todo el tiempo trabaja, él mismo parece justificarse al afirmar que lo que hace es lo que le gusta y que, además, puede hacerlo sin necesidad de vestirse más que con una prenda de su colección de pijamas. Esta es una obra con grandes cualidades: franca, natural y cercana, a pesar de ser considerada como “menor”.

truchafrita@hotmail.com

Notas

¹ En 1957, un grupo de dibujantes de Bruguera llamados los cinco grandes: Josep Escobar, Conti, Cifré, Peñarroya y Eugenio Giner, deciden abandonar la editorial catalana y fundar su propia revista, *Tío Vivo*. La aventura dura dos años y los dibujantes tienen que volver a Bruguera. Años después la editorial publicaría su propia versión de la revista.



Una diosa terrible

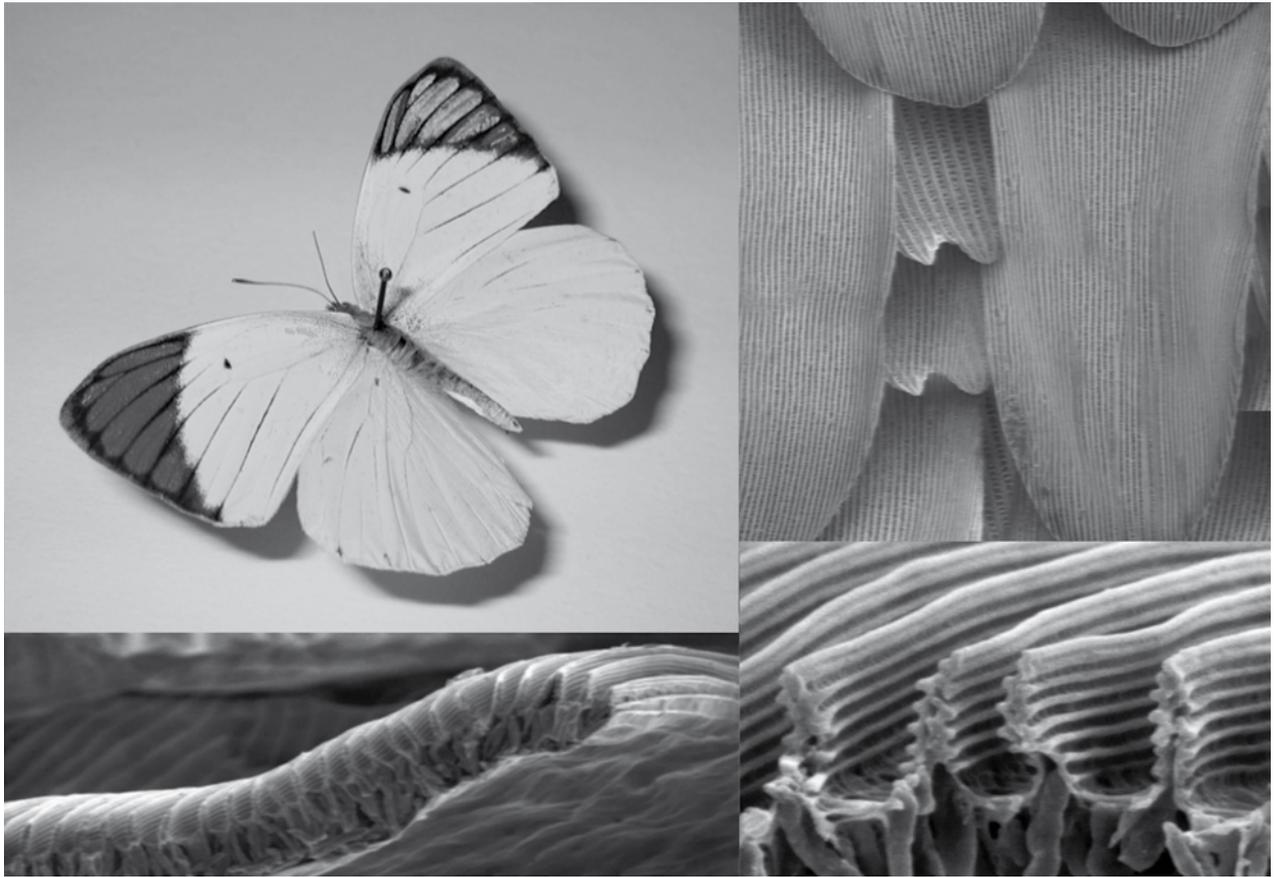
Claudia Ivonne Giraldo Gómez

Diosa se le dice hoy a una actriz de cine o televisión que seguramente es muy bella y con un muy buen cuerpo. Esa es la pobre idea de lo que significa una deidad femenina en una cultura largamente acostumbrada a una sola divinidad masculina y todopoderosa. Pero hubo un tiempo en que el significado de la palabra no tenía discusión y su sola evocación podía ser azarosa. Mas hace mucho que las diosas huyeron, espantadas o asqueadas.

Las santas y vírgenes judeo-cristianas son un eco lejano, el lado dulce y generoso del poder de lo femenino. Sus ojos entornados miran hacia el cielo; sus pechos se abren al martirio; todo lo dan, todo lo entregan. Son valientes en el amor y en el sacrificio. Casi siempre interceden ante un poder mucho más grande y siguen desde la muerte, de seguro, aplicando la vieja estrategia que tuvieron en la vida de convencer con la ternura a sus padres, sus esposos, sus hermanos, sus gobernantes, sus maestros. Ruegos, llantos, seducción. He ahí el “gran secreto”, los terrenos en donde miles de mujeres ejercieron el único poder que pudieron.

Sin embargo, el otro lado, oscuro y terrible, del poder de lo femenino, que sólo se ha asociado en nuestra cultura con la sexualidad desbordada o insaciable, o con locas criminales, aparece, a veces, sólo para quien es capaz de contemplarlo sin temblar.

Hay hechos que nos recuerdan algo perdido en nuestra antigua memoria: un hombre lanza ácido sobre la cara de una



Ala de la mariposa *Colotis regina* a diferentes escalas. Puede verse la estructura interna de la escama cuando se hace un corte transversal de ella.

mujer. Su acto violento contiene el deseo de suprimir el rostro, la identidad, el nombre y hasta la palabra. Algo se ofrece, milenario, en este gesto brutal. Se devela. Miles de hombres y de mujeres se indignan, no lo explican, pero entienden. En algún lugar esa rabia contra las mujeres, ese odio, indican un camino que escapa a nuestra comprensión, limitada y racional.

Quizás las más antiguas diosas deban regresar. Ellas dejaron huellas que han pasado por alto historiadores, antropólogos, arqueólogos; algún verso milenario, una pintura, pequeñas esculturas. De entre esos restos, la Diosa Minoica de las Serpientes es perturbadora: como si halláramos en ella algo conocido, tierra santa.

Se trata de estatuillas, algunas de hasta treinta centímetros, halladas en Cnosos, Creta, y dicen los estudios que proceden de 1.600 a.C. Su aspecto es majestuoso. Las dos piernas separadas y firmes, sin contoneo; descansa firmemente sobre ella misma. La Diosa Minoica de las Serpientes extiende sus brazos al frente, los pechos al aire rodeados por el corpiño del vestido, el vestido en faroles superpuestos llega al piso y oculta los pies; sobre la cabeza el tocado, sobre el tocado un gato. Las manos empuñan más que sostienen serpientes que se retuercen y se deslizan por sus antebrazos. La mirada, enmarcada por rímel negro, es feroz, sí, pero indescifrable. ¿A quién

se parece? ¿A qué? ¿A dónde fue esta diosa fuerte y poderosa?

En el bus, al lado, en la esquina, desde la acera, en la ventana, en la cárcel, en el hospital, en la casa y en la guardería de párvulos; sembrando, cocinando, frente al computador o frente al tablero, ella nos mira; está escondida en la palabra y en el silencio. Aun desterrada, borrada, silenciada, la diosa terrible nos contempla fijamente. Su presencia es incómoda como una aparición en media noche. Uno comprende y baja la mirada.

claudiaivonne09@gmail.com



De alas de mariposa

Marco A. Giraldo

Richard Feynman, el Nobel de Física, contaba la anécdota aquella en la que un amigo le reprochaba la forma en que los científicos veían las cosas más hermosas del mundo, por ejemplo, una rosa. Decía que mientras su amigo afirmaba poder ver la belleza que ofrece una rosa, por sus colores, la textura de sus pétalos, el olor que emana de ellos, y toda la inspiración que ella puede representar, alguien como Feynman sólo veía el resultado de procesos bioquímicos e interacciones atómicas.

La réplica del Nobel fue tan perspicaz como cierta. Pudiendo admirar la fragancia y belleza de la rosa como cualquier otro, su experiencia se veía enriquecida por sus conocimientos en ciencia.

Sucede que cuando vemos una mariposa aleteando en nuestro jardín, podríamos también ver más allá de sus patrones de color inquietantes, de los números escondidos para nuestra propia suerte, del color metalizado cambiante o del blanco intenso como papel refinado. Y qué tal no temer más al presagio de terror que acompaña a la polilla, ni al polvo que suelta en nuestra mano, cual veneno.

Muchos días y noches frente al microscopio podrían enseñarnos. O entrenarnos. Hablo de los microscopios que ven con electrones, cuando el de lentes se queda ciego. Hablo de ver láminas de 100 nanómetros apiladas una sobre otra; de ver gránulos que por su desorden dispersan la luz que llega al ala; de escamas que, como en el pez, cubren un ala tan delicada como te puedes imaginar si te digo que su grosor es el de dos células.

Esas escamas, que parecen hojas de una planta cualquiera, pero tan grandes como una décima de milímetro, se aferran al ala en números que asustan. Y te diré. Son 500 mil la de

Mariposa Monarca macho, *Danaus plexippus*



menos. Y la mariposa pierde miles en un día ocupado. Son ellas las responsables de los llamativos patrones de color en las alas. Cada escama es de un color dado y a veces se mezclan para engañar a nuestros ojos como en una obra de Seurat. Son estos lepidópteros maestros del puntillismo.

Te diré también que parecen tejas en el techo de tu casa, porque se montan una sobre otra. Te contaré además que algunos obsesivos con la física y los números hemos medido cuánta luz reflejan y nos asombramos con su eficiencia. Que calculamos con ayuda de un computador el efecto óptico de varias escamas apilándose y descubrimos que dos es justo el número óptimo en cada lado del ala. O sea que cinco, cuatro escamas, más el ala, es el número que da la mayor reflexión con el mínimo peso para el animal. Porque una escama más en el sistema no reflejaría mucho más, pero sí aumentaría mucho el peso del ala. O sea que recordamos lo ya sabido: la naturaleza es sabia.

Y como muchos de estos insectos (inventados por los murciélagos cuando desplazaron a las polillas de la noche) quieren mostrarse, más vale ser brillante. Y ahí está la campeona de los *flashes* en el cielo, que se esconde por segundos y aparece de nuevo confundiendo al pájaro perseguidor e hipnotizando a su hembra: es la mariposa *Morpho*.

Ese azul metalizado, que otros llamamos iridiscente, se

debe a esas láminas nanométricas de las que hablamos antes. Como las paredes de una pompa de jabón, reflejan los colores sin ayuda de pigmentos. La estructura sola. Y para diferenciarlo del color que generan los pigmentos químicos, lo llamamos color físico.

Te explicaré entonces cómo es que se ven colores en algo que es transparente.

Empezamos con el Sol, cuya luz llamamos blanca y sabemos que se compone de todos los colores. Los mismos que una vez verá Newton al hacer atravesar un rayo de sol por una cuña de vidrio: el prisma. Los mismos que vemos cuando las gotas de agua cayendo se creen prismas y nos muestran un arco sin origen y sin fin. Esos colores, vueltos uno solo, el blanco, llegan a cada superficie de la capa delgada reflejando parte de la luz que le llega. El grosor de la capa dirá cuál color se reforzará o interferirá constructivamente.

Veremos entonces ese color. Este fenómeno, llamado interferencia de capa delgada, lo vemos cuando hay una lámina de gasolina sobre agua, o en una pompa de jabón, pero también en peces, aves, escarabajos y mariposas para producir colores que cambian con el ángulo de visión: iridiscentes.

Tiene la más brillante de las *Morpho*, la *rhetenor*, unas once láminas en sus escamas, interfiriendo en cada una el color azul. Entendemos ahora el porqué de la brillantez de este insecto que ha sabido usar

el conocido fenómeno de capa delgada que podrás ver en cualquier curso de óptica básica. Así que desde ahora habrás sumado —y no restado— a lo que veías antes en una mariposa. Algunos mitos se irán, sí, pero en todo caso para sumar conocimiento (como aquel del polvo venenoso que te tirará la polilla de la noche).

Verás entonces que, como a Feynman, la ciencia te ha sumado.

m.a.giraldo@fisica.udea.edu.co

